

Trabajo libre presentado al eje “Teoría”
30º Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis
Buenos Aires, 3 – 6 de setiembre de 2014

Título: Narcisismo terciario: límites y alcances terapéuticos
Autor: Eduardo Gastelumendi (Sociedad Peruana de Psicoanálisis)

Es bien sabido que el concepto de narcisismo, introducido por Freud en 1914, no solamente significó un cambio importante que complejizó y enriqueció la teoría psicoanalítica –lo que iluminó algunos aspectos de la problemática de la psicosis– sino que permitió un desarrollo técnico que hizo posible el tratamiento de trastornos más severos de la personalidad y el estudio del self. André Green (1986) lo dice con su particular agudeza y estilo:

El narcisismo fue en cierto modo un paréntesis en el pensamiento de Freud. La sexualidad es la constante indestronable de la teoría íntegra del inventor del psicoanálisis, pero su poder es de continuo cuestionado por una fuerza adversa que, por su parte, experimentó cambios con el paso de los años. Antes del narcisismo fueron las pulsiones de autoconservación; después, las pulsiones de muerte. En el interregno que se extiende de la primera a la última teoría de las pulsiones, el narcisismo resulta de la libidinización de las pulsiones yóicas, que hasta ese momento se consideraban empeñadas en la autoconservación. Sin duda que fue un salto decisivo para Freud llevar la sexualidad al interior del yo, cuando, en un primer abordaje, este parecía escapar a su imperio. Con el descubrimiento del narcisismo, creyó haber descubierto la causa de la inaccesibilidad al psicoanálisis que ciertos pacientes mostraban.

El narcisismo permitió también la aproximación a estados mentales diversos. Entre ellos se encuentra el “sentimiento oceánico”, término que surge en la comunicación entre Freud y Romain Rolland (1866–1944), el prestigioso escritor francés a quien Freud le dedicó generosos elogios. Como muestra de este reconocimiento, recordemos la carta que envió para

ser publicada en *Liber amicorum Romain Rolland*, el 26 de enero de 1926, con ocasión del 60 cumpleaños de Rolland:

Inolvidable amigo, ¿cuántos esfuerzos y dolores debe haber superado para alcanzar tales alturas del humanitarismo?

Años antes de conocerlo personalmente ya lo había reverenciado como artista y como apóstol del amor humanitario. También yo me adherí a éste; no por motivos de sentimentalismo o de normas ideales, sino por sobrias causas económicas, porque en vista de nuestras disposiciones instintivas y del mundo que nos rodea, hube de proclamarlo tan imprescindible para la conservación de la especie humana como, por ejemplo, lo es la técnica.

Cuando por fin llegué a conocerlo personalmente quedé sorprendido al comprobar que usted sabe prestar tan alto valor a la fuerza y a la energía, y que en su propia persona se encarna tal grado de fuerza de voluntad.

Que el próximo decenio no le depare sino superaciones.

Cordialmente suyo,

Sigmund Freud, *aetat.* 70

Rolland era un estudioso de las religiones, entre otros temas. En un texto escrito al año siguiente de esta carta, *El Porvenir de una Ilusión* (1927), Freud menciona que estaba mucho menos interesado en las fuentes profundas de los sentimientos religiosos que en la comprensión del hombre común sobre la religión, con su sistema de doctrinas y promesas. Digamos que analizó la religión desde una perspectiva “racional”. En diciembre de 1927, a raíz de este libro, Rolland le envía una carta a Freud en donde le manifiesta su desacuerdo con su visión de la religiosidad. En ella menciona, por primera vez, el *sentimiento oceánico*:

“Me hubiera gustado verle analizar el sentimiento religioso espontáneo, o más exactamente la sensación religiosa que es (...) el hecho simple y directo de la sensación de lo eterno (que bien pudiera no ser eterno, sino simplemente sin límites perceptibles y como oceánico)”.

(traducción del autor)

La reacción de Freud a las ideas de Rolland se encuentra en *El Malestar en la Cultura* (1929), que comienza con una alusión al intercambio entre ambos y donde afirma que desconoce personalmente el *sentimiento oceánico*. Aquí la extensa cita:

Uno de estos hombres eminentes me otorga el título de amigo en sus cartas. Yo le envié mi opúsculo que trata a la religión como una ilusión, y él respondió que compartía en un todo mi juicio acerca de la religión, pero lamentaba que yo no hubiera apreciado la fuente genuina de la religiosidad. Es -me decía- un sentimiento particular, que a él mismo no suele abandonarlo nunca, que le ha sido confirmado por muchos otros y se cree autorizado a suponerlo en millones de seres humanos. Un sentimiento que preferiría llamar sensación de «eternidad»; un sentimiento como de algo sin límites, sin barreras, por así decir «oceánico». Este sentimiento -proseguía- es un hecho puramente subjetivo, no un artículo de fe; de él no emana ninguna promesa de pervivencia personal, pero es la fuente de la energía religiosa que las diversas iglesias y sistemas de religión captan, orientan por determinados canales y, sin duda, también agotan. Sólo sobre la base de ese sentimiento oceánico es lícito llamarse religioso, aun cuando uno desautorice toda fe y toda ilusión.

Esta manifestación de mi venerado amigo, que además ha hecho una ofrenda poética al ensalmo de esa ilusión, me deparó no pocas dificultades. Yo no puedo descubrir en mí mismo ese sentimiento «oceánico». No es cómodo elaborar sentimientos en el crisol de la ciencia. Puede intentarse describir sus indicios fisiológicos. Donde esto no da resultado -me temo que el sentimiento oceánico habrá de hurtarse de semejante caracterización¹-, no queda otro recurso que atenerse al contenido de representación que mejor se aparee asociativamente con tal sentimiento. Si he entendido bien a mi amigo, él quiere decir lo mismo que un original y muy excéntrico literato brinda como consuelo a su héroe frente a la muerte libremente elegida: «De este mundo no podemos caernos». O sea, un sentimiento de la atadura indisoluble, de la copertenencia con el todo del mundo exterior. Me inclinaría a afirmar que para mí ese sentimiento tiene más bien el carácter de una visión intelectual, no despojada por cierto de un tono afectivo, pero de la índole que tampoco falta en otros actos de pensamiento de parecido alcance. En mi persona no he podido convencerme de la naturaleza primaria de un sentimiento semejante; mas no por ello tengo derecho a impugnar su efectiva presencia en otros. Sólo cabe preguntar si se lo ha interpretado rectamente y si se lo debe admitir como «fons et origo» de todos los afanes religiosos.

Freud concluye este primer capítulo de *El Malestar en la Cultura* diciendo:

Me quiere parecer que el sentimiento oceánico ha entrado con posterioridad en relaciones con la religión. Este ser-Uno con el Todo, que es el contenido de pensamiento que le corresponde, se nos presenta como un primer intento de consuelo religioso, como otro camino para desconocer el peligro que el Yo discierne amenazándole desde el mundo

¹ Esta situación ha cambiado radicalmente con los estudios de neuroimágenes funcionales de las últimas décadas.

exterior. Vuelvo a confesar que me resulta muy fatigoso trabajar con estas magnitudes apenas abarcables.

Efectivamente, estamos en la dimensión narcisista de la experiencia. Se trata de una experiencia muy íntima, difícil de describir y que tiene características diferentes según los sujetos, como era el caso de Freud y Rolland. Andresen (1999), a propósito de este tema y de la relación entre estos autores, dice:

Freud analizó que esta vivencia no era parte de su experiencia. Decidió que era ‘un sentimiento...de ser uno con el mundo externo como un todo’. Asumió así ello que conlleva la pérdida de la percepción de la *otredad* del mundo alrededor. Notó que con frecuencia, ‘hacia el exterior...el Yo parece mantener líneas de demarcación claras’. Una excepción puede ser vista en quienes se enamoran (a partir de aquí Freud relacionará la experiencia religiosa con el enamoramiento, cosa que los contemplativos habían hecho siglos antes). Freud entonces planteó que ‘nuestro sentimiento yóico’ en el desarrollo temprano es un “sentimiento más abarcador –que lo abrazaba todo, en verdad–, que correspondía a una atadura más íntima del Yo con el mundo circundante.’ Freud luego sugiere una identidad: el sentimiento oceánico es el remanente de los estados mentales más primitivos.

En las elaboraciones posteriores sobre el narcisismo, tal vez el primer psicoanalista en plantear una idea de alguna manera cercana al sentimiento oceánico fue Kohut² (1966), cuando se encontraba en plena elaboración de lo que luego sería su Psicología del Self, al describir lo que llamó *narcisismo cósmico*. Dice Kohut:

Del mismo modo como la empatía primaria con la madre es precursora de la habilidad adulta para ser empático, la identificación primaria con ella debe considerarse como precursora de una expansión del self, más tarde en la vida, cuando la finitud de la existencia individual es reconocida. El universo psicológico original, es decir, la experiencia primordial de la madre, es “recordada” por muchas personas en la forma de vagas reverberaciones que ocurren ocasionalmente, conocidas con el término de “sentimiento oceánico”. El logro que implica el cambio de las catexias narcisistas desde el self a un concepto de participación de una existencia

² No me referiré aquí a las ideas de connotados disidentes, principalmente Jung.

supraindividual y sin tiempo –conseguido al ir adquiriendo la certeza de una eventual muerte– también debe entenderse como predeterminado genéticamente por la identificación primaria del infante con la madre. En contraste al sentimiento oceánico, sin embargo, que es experimentado de modo pasivo (y usualmente de manera fugaz), el cambio genuino de las catexias hacia un narcisismo cósmico es el resultado duradero y creativo de las sólidas actividades de un Yo autónomo, y solo muy pocos son capaces de conseguirlo.

Y continúa su reflexión con una sorpresiva alusión al sentido del humor:

Es un largo camino desde la aceptación de la transitoriedad y de la solemnidad casi religiosa de un narcisismo cósmico hasta otra adquisición propiamente humana: la capacidad para el humor. A pesar de ello, los dos fenómenos tienen mucho en común (...)

El humor y el narcisismo cósmico son entonces transformaciones del narcisismo que ayudan al hombre a alcanzar el dominio final sobre las demandas del self narcisista, es decir, a tolerar el reconocimiento de su finitud e incluso de su inminente final.

Entre los seguidores de la psicología del self hay una vasta elaboración de estas ideas. Desde otra perspectiva, el texto escrito por Hanly y Masson (1976), al que refiero al lector (y que discutiremos durante la presentación), presenta las críticas más consistentes a las ideas de Kohut sobre el narcisismo.

Pero es el concepto de “narcisismo terciario”, desarrollado en años más recientes por Mariam Alizade (1995), el que se aproxima más a lo que deseo plantear. Esta autora se inspira en las ideas de Kohut para luego elaborar “el concepto de un narcisismo terciario que se torna necesario para dar cuenta de satisfacciones libidinales narcisistas de un orden diferente”, donde se refiere a que “el psiquismo individual, objeto del psicoanálisis, abre paso a la consideración de lo colectivo en un tiempo segundo”. Dice Alizade:

El narcisismo terciario implica un salto cualitativo y un movimiento de trascendencia. Expresa un retorno a la inmensidad del narcisismo primario con su mágica ilusión de comunión con el todo antes del corte unificador

de un Yo, el retorno al narcisismo ilimitado y, al mismo tiempo, mediado por la organización psíquica adquirida..., denota un alto nivel de discriminación en sus manifestaciones de interés por el Otro, por el mundo. *Se observa fácilmente en muchas personas en la vida cotidiana* y en la praxis analítica se evidencian las consecuencias de su funcionamiento. No conlleva los elementos de exaltación o de sacrificios propios de la idealización del narcisismo en sus primeras formas. La forma terciaria es una forma simple, tranquila, coexistente con un “estar en el mundo” donde priman el principio de realidad y el principio de relatividad. A la omnipotencia se contraponen la sencilla potencia de un sujeto que sabe algo de sus límites y de la transitoriedad de su devenir. Dispone parte de sus energías para sembrar exogámicamente en dirección a sus semejantes, los que comparten con él la condición de seres vivientes en la actualidad y, también hacia aquellos que vendrán más adelante en una temporalidad que le concierne aún cuando él ya no ocupe más el espacio material de los vivos.

El concepto desarrollado por Mariam Alizade incide en la experiencia de poder reconocerse como parte del entorno, no como un ente aislado, y en vivir y actuar según este reconocimiento. Alizade, en este texto impregnado de una estimulante visión optimista del desarrollo potencial del ser humano, se refiere principalmente a sentimientos “superiores” de empatía y de una acción desinteresada hacia los demás seres humanos, incluso aquellos que están lejos física y culturalmente. Aquí también menciona otras vivencias que están en mayor sintonía con las ideas que aquí presentamos:

El narcisismo terciario se abre a lo ajeno y a lo lejano, difunde, se dispersa, se extiende. Como si los espejismos narcisistas se disolvieran o como si por la hendidura de un espejo ahora roto se vislumbrara lo Otro, el Mundo, los seres que lo habitan, las especies, el cosmos. (...) Se roza el infinito, lo imposible, lo real. La puerta-espejo se abre, y lo nuevo, lo ilimitado, lo no propio, lo no investido por los narcisismos infantiles, aparece.

A mi entender, la unión del ser con su entorno, cercano y lejano, el percibirse como parte de todo, como olas individuales y al mismo tiempo parte del océano, no debe ser entendido como una ilusión del narcisismo primario, sino como la captación intuitiva de un aspecto profundo de la realidad. Esta experiencia de unión, de conexión íntima con el cosmos,

debió ser olvidada, reprimida y superada para poder lograr el desarrollo saludable como individuos, capaces de distinguirse de otros y del entorno. Este recorte del ser humano que, como decían los Garbarino³, entrañable pareja de analistas uruguayos, al nacer es “un ser abierto al cosmos”, es una necesidad indiscutible e indispensable para la constitución de un sujeto relativamente sano.

Me parece que estas consideraciones serían ajenas a Freud. En mi opinión, si bien Freud acierta al considerar el sentimiento oceánico como el remanente de los estados mentales más primitivos, no se desprendió de una cierta patologización, por lo regresivo, de la experiencia. En ese sentido, no llegó a percibir la función “superior” que Rolland le atribuía.

Además, en aquellos años no se distinguía del modo como hacemos ahora la religiosidad de la espiritualidad. Sin mayor dificultad podemos imaginar a una persona religiosa y no espiritual, o espiritual sin ser religiosa. Incluso es posible sostener una “espiritualidad atea”, basada en la vivencia de ser uno con el Todo, desde la recomendación de Spinoza, de ver las cosas, el mundo, *sub specie aeternitatis*.

Al hablar de estas vivencias nos estamos refiriendo no a una experiencia religiosa sino a un *estado modificado de consciencia*, semejante al que surge durante una meditación profunda o con el uso de determinadas sustancias psicotrópicas.

Un sujeto ya constituido, que haya logrado en su desarrollo diferenciar sin confusión su yo de los otros, con límites entre su self y el

³ Comentarios durante una presentación en la Sociedad Peruana de Psicoanálisis, en la década de 1980, al presentar su trabajo sobre el poeta surrealista Antonin Artaud.

entorno, puede recuperar, aunque sea por momentos, la consciencia de aquella unidad olvidada, de ese aspecto profundo y real de nuestra naturaleza. Sustento que una experiencia como esa posee un valor intrínseco único para quien la vive, proporcionando una perspectiva más amplia y desapegada, en el mejor sentido, de las emociones con las que uno tiende a identificarse. (Gastelumendi, E., 2001, 2009, 2010, 2013).

Freud, al referirse sin nombrar a Rolland, dice que el *sentimiento oceánico* no lo abandonaba nunca. Experiencias similares son descritas por quienes practican regularmente la meditación, como era el caso de Rolland. En otras ocasiones este sentimiento surge espontáneamente. Y, por supuesto, puede ser vivido también cuando la persona participa en un ritual en el que se ingiere una sustancia psicoactiva, enteógena⁴, como es el caso de la ayahuasca. Los relatos posteriores a la experiencia por parte de pacientes en terapia y análisis poseen un interés particular ya que las vivencias, *insights* y visiones ocurridas se relacionan de manera estrecha con las descripciones del sentimiento oceánico (Gastelumendi, E., 2001, 2013).

Por supuesto, la capacidad para experimentar estados de esta naturaleza no garantiza de modo alguno un mayor equilibrio o salud mental. De hecho, una experiencia como la que la ayahuasca u otras sustancias enteógenas producen, puede ocasionalmente producir efectos no deseados, incluso reacciones psicóticas, en algunas personas.

⁴ Un enteógeno es una sustancia vegetal o un preparado de sustancias vegetales con propiedades psicotrópicas, que cuando se ingiere provoca un estado modificado de conciencia. Se utiliza en contextos espirituales, religiosos, ritualísticos y chamánicos además de usos creativos, lúdicos o médicos.

Por otra parte, en nuestro trabajo clínico cotidiano como psicoanalistas no accedemos a este nivel de subjetividad con facilidad, sino que lidiamos con otro nivel de conflictos y fenómenos que requieren una elaboración interpersonal. En mi experiencia, las vivencias a las que aquí me refiero solo surgen excepcionalmente durante el trabajo analítico. Sin embargo, a pesar de su poca frecuencia, la reflexión psicoanalítica se hace necesaria.

En conclusión, ha habido una evolución en nuestra comprensión de la dimensión narcisista del ser humano. El concepto de narcisismo terciario sugiere un desarrollo de la capacidad del individuo de vincularse con –y eventualmente atender y cuidar a– un medio ambiente más abarcador, colectivo. Este concepto es una invitación a aceptar la paradoja de que el Yo y el otro son diferentes, pero que al mismo tiempo y de un modo más elusivo, pero real, también son lo mismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alizade, A.M. (1995). *Clínica con la muerte*. Buenos Aires: Amorrortu
- Andresen, J. J. (1999). Awe and the Transforming of Awarenesses. *Contemporary Psychoanalysis* 35: 507-521
- Freud S. (1926). A Romain Rolland. O.C. de Sigmund Freud. Madrid: Biblioteca Nueva. 1973
- Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1929). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu
- Gastelumendi, E. (2001). Madre ayahuasca y Edipo. Memoria del Segundo Foro Interamericano sobre Espiritualidad Indígena: “Ética, mal y transgresión”. Tarapoto: CISEI/Takiwasi.
- Gastelumendi, E. (2009). The Psyche. A Transpersonal Perspective. Presentado en el panel *Integrating the Concepts of Psyche and Spirit*. 46th International Psychoanalytical Congress. Chicago, July 2009
- Gastelumendi, E. (2010). Ayahuasca: Current Interest in an Ancient Ritual. In *Neuropsychiatric Disorders*. K. Miyoshi et al. (eds.). Tokyo: Springer.
- Gastelumendi, E. (2013). Una mirada psicoanalítica a la experiencia con ayahuasca. *Revista de Psicoanálisis*. Vol. 12. Lima.
- Green, A. (1986). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu
- Hanly, C. y Masson, J. (1976). A Critical Examination of the New Narcissism. *International Journal of Psycho-Analysis* 57: 49-66
- Kohut, H. (1966). Forms and Transformations of Narcissism. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 14: 243-272
- Romain Rolland, lettre à Sigmund Freud, 5 décembre 1927, in, *Un beau visage à tous sens. Choix de lettres de Romain Rolland (1866-1944)*, Paris, Albin Michel, 1967.
- http://fr.wikipedia.org/wiki/Sentiment_oc%C3%A9anique#cite_note-0